

DISCURSO LABORAL DEL PAPA EN SU VISITA A VENEZUELA

HOMILIA DEL SANTO PADRE A LOS TRABAJADORES Y EMPRESARIOS DE VENEZUELA, EN CIUDAD GUAYANA

CONTEXTO: Itinerario de la Visita del Papa a Venezuela.

A las cuatro p.m. del 26 de enero de 1985, el Santo Padre Juan Pablo II pisó por sexta vez tierra latinoamericana, en el Aeropuerto Internacional "Simón Bolívar", de Maiquetía. Era la primera vez en la historia de la Iglesia, que un Papa visitaba Venezuela. Al descender del avión, besó el suelo patrio, oyó los Himnos Nacional y Pontificio, saludó la Bandera y escuchó las palabras de bienvenida pronunciadas por el Presidente de la República, Jaime Lusinchi. Luego, con voz emocionada, devolviendo el saludo, expresó su deseo de conseguir una renovación de la fe con su visita pastoral.

De Maiquetía, la caravana oficial de automóviles, entre los que destacaba el blanco papa-móvil, se dirigió al Palacio de Miraflores, siendo vitoreado a lo largo del camino por una entusiasta multitud. Allí se llevó a cabo el encuentro protocolar con el Presidente de la República y los miembros de su Gabinete. De inmediato, el Papa se dirigió a la Nunciatura Apostólica, donde departió con los Obispos de Venezuela, cenó con ellos y les dirigió un breve discurso. Finalmente se retiró a descansar.

Al día siguiente, 27 de enero de 1985, Juan Pablo II, a quien habían despertado los jóvenes un poco antes del alba, cantándole una serenata, salió al balcón a saludarles. Paseó un rato por los jardines de la Nunciatura; y, después del desayuno, hacia las ocho de la mañana, partió para el Teatro Teresa Carreño, en cuyo amplio recinto lo esperaban sus compatriotas de la Colonia Polaca en Venezuela, en compañía de otros emigrantes Centroeuropeos. Saludó a todos ellos, a cada uno en su idioma, a los polacos, a los croatas, a los eslovenos, a los ucranianos, a los húngaros, a los italianos y a los letones, para terminar despidiéndose en perfecto español.

A las 9:45 a.m., Juan Pablo II se trasladó en papa-móvil, hasta la Urbanización Montalbán, recorriendo las calles de la inmensa expla-

nada, próxima a la Universidad Católica Andrés Bello, donde celebró la Santa Misa ante una inmensa multitud que desde la noche de anterior se había congregado frente al altar. Pronunció una vibrante homilía y bendijo la Imagen de la Virgen de Coromoto, que presidirá el nuevo Templo Votivo de Guanare.

Después de la celebración Eucarística, el Romano Pontífice se trasladó a la Nunciatura Apostólica para recibir a los miembros del Cuerpo Diplomático, acreditados ante el Gobierno de Venezuela. Concluidos los saludos, pronunció un breve discurso.

En la tarde de ese mismo día, el Papa viajó por avión a la ciudad de Maracaibo. En el aeropuerto lo esperaba una gran muchedumbre. Después de recorrer, en papa-móvil, varias avenidas importantes, llegó a los campos que tiene la Universidad del Zulia en Grano de Oro. Allí presidió la segunda asamblea Eucarística, delante de casi un millón de personas.

El 28 de Enero de 1985, el Santo Padre continuó su viaje, en avión, hacia la ciudad de Mérida, donde fue recibido con gran fervor y entusiasmo por sus habitantes. Del aeropuerto se trasladó a "La Hechicera", donde presidió la tercera asamblea Eucarística. En su Homilía hizo especial referencia a los que trabajan la tierra y a los que la rigen culturalmente.

En la tarde del mismo día realizó el vuelo de regreso a Caracas para estar presente, a las 5 p.m., en el Teatro Teresa Carreño, donde lo esperaban cerca de tres mil sacerdotes, religiosos, seminaristas, novicios y novicias. El Papa les dirigió un cálido discurso, haciendo un llamado a las vocaciones sacerdotales.

Concluido este evento, el Papa se trasladó a la Santa Iglesia Catedral. Allí lo esperaban delegados de quince movimientos apostólicos, de los Comités Nacional y Diocesano de la Misión, junto con representantes de la C.L.A.T., de FEDECAMARAS, de los MCS y de otros grupos. En su discurso exaltó la misión de los laicos en la Iglesia.

A las 8:30 p.m. se dirigió al Estadio Olímpico de la U.C.V. para el tercer, y quizás más importante, evento con los jóvenes. Más de 40.000 jóvenes delegados de los grupos apostólicos juveniles de las diócesis del país, lo recibieron con alegría desbordante, gritando consignas. El Papa, después de oír el Himno Nacional y el Himno Pontificio, escuchó las canciones y peticiones de los jóvenes, dirigiéndoles enseguida una alocución.

El día 29 de enero de 1985, su Santidad Juan Pablo II se trasladó, en avión, a Ciudad Guayana para celebrar la cuarta Asamblea Eucarís-

tica ante más de 400.000 personas reunidas en Alta Vista. A la hora de la Homilía, la impetuosidad del Caroní y la majestuosidad del Orinoco se opacaron para que destacase la voz y la imagen del Vicario de Cristo. Pero también se pudo escuchar la voz de un niño, Adrián Guacarán, que llegó a emocionar al Papa cantándole "la Canción del Peregrino". En esta gran concentración, el Papa habló a los trabajadores y a los empresarios.

De regreso a Caracas, a las 3:30 de la tarde, el Santo Padre se despidió en Maiquetía del Presidente de la República y de los señores Obispos, y de todo el pueblo venezolano, visiblemente emocionado.

DOCUMENTO 1 (FRAGMENTO):

Fragmento de la Alocución del Santo Padre en la Santa Iglesia Catedral, palabras dirigidas a grupos sociales, del mundo del trabajo (obreros, técnicos, profesionales y empresarios), que se hallaban presentes en el Acto Litúrgico celebrado con los Laicos.

Quiero ahora ofrecer un saludo especial a algunos grupos aquí presentes:

En primer lugar, a los dirigentes de la Central Latinoamericana de Trabajadores (CLAT), con quienes ya tuve el placer de encontrarme en Roma. Sé que en estos días estáis llevando a cabo en la Universidad de los trabajadores, por iniciativa vuestra y con el patrocinio del CELAM, una importante reunión sobre "La enseñanza social de la Iglesia y el mundo del trabajo en la América Latina de los años 80". Os acompañan numerosos obispos y dirigentes sindicales de todo el continente.

Considero tal encuentro un gran regalo hecho al Papa durante su estadía en Venezuela; porque sabéis cuánto interés tengo en esa problemática. Creo haberlo puesto de manifiesto, entre otras ocasiones, con mi encíclica *Laborem Excercens*, de la que habéis sido estudiosos y difusores.

Os aliento a continuar en vuestro cometido. Son muy importantes para la Iglesia, para el movimiento de los trabajadores, para América Latina, las perspectivas que estáis considerando y poniendo en movimiento. Y aprovecho esta oportunidad para deciros que me siento solidario con las angustias de tantos y tantos trabajadores latinoamericanos que ven deteriorarse sus condiciones de vida y de trabajo, pero sobre todo las de sus valores y esperanzas de una liberación integral y crecimiento en humanidad.

Sirvan también estas palabras para el grupo de empresarios y obreros venezolanos que participan en este encuentro. Mañana, en la Misa para los obreros en Ciudad Guayana, tendré ocasión de expresar con más detalle mi pensamiento. Quiero ahora deciros que sois responsables del futuro de Venezuela. No en vano el trabajo es la clave de la cuestión social y nacional. Una nación libre y justa se construye desde auténticas comunidades de trabajo humano, donde la dignidad del trabajador se conjuga con la solidaridad, y el bien de la empresa con el bien de la colectividad; más allá de tentaciones partidistas, de privilegios lucrativos y de dialécticas clasistas, para crear renovados tejidos de sociabilidad humana y productiva.

Un saludo también al prestigioso grupo de juristas que nos acompañan. Debéis seguir irradiando "moral y luces", tal como pedía el Libertador, en Angostura, a los Magistrados del Congreso. Servidores incorruptibles de la Ley, para la convivencia armónica de la sociedad, quede también impresa en vuestros corazones y en la elaboración y aplicación de vuestras leyes nacionales la Ley de Dios, que es creadora de libertad, salvaguardia de la vida, obra de misericordia y justicia, mandamiento de caridad.

Por último, vaya mi saludo a los representantes de los medios de comunicación social. Agradezco de veras el esfuerzo que ponéis para dar una cobertura lo más completa posible a mi visita a Venezuela, y la reservada al mensaje de la Misión Nacional. Sois conscientes de la importancia social de los medios que manejáis. Conocéis la influencia decisiva que ejercen en la formación personal y en la vida comunitaria.

No olvidéis las apremiantes exigencias de orden ético que encierra la función de un comunicador. El debe respetar la dignidad de la persona humana y sus legítimos derechos por encima de todo; y debe promover los valores de la verdad, la justicia social, la convivencia y la paz.

Laicos venezolanos: el Papa, la Iglesia, vuestra Patria, América Latina, necesitan vuestro cálido aporte. Os aliente en ese camino mi cordial Bendición.

DOCUMENTO 2

Homilía del Papa en Ciudad Guayana

1. *Someted la tierra* (Gén. 1:28). Con esta palabra de la liturgia de hoy, tomada del libro del Génesis, doy la bienvenida y *saludo cor-*

dialmente en el Señor a toda la Asamblea Eucarística del Pueblo de Dios de Venezuela reunido en esta Ciudad Guayana que crece impetuosamente.

Saludo con afecto al Pastor de esta diócesis, a los Hermanos obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y fieles llegados incluso desde otras diócesis y zonas del país. Sed todos bienvenidos.

Saludo especialmente a todo *el mundo del trabajo* venido no sólo de Venezuela, sino también de otros países de América Latina, debido al desarrollo de la industria del hierro y del acero, del aluminio y de la hidroenergía, que ha hecho de esta ciudad uno de los núcleos industriales más importantes de Venezuela. Por tal motivo, el *problema* del trabajo, del *trabajo humano*, ocupa el centro de esta liturgia eucarística.

2. Hablar de ese problema obliga a ir hasta el origen de la creación del hombre, tal como lo escuchamos en el libro del Génesis. Dios es el creador de todas las cosas y del hombre. He aquí el fundamento para llamar *persona* al hombre: porque es *imagen y semejanza de Dios*, creado con inteligencia, voluntad y poder de dominar la tierra. Ello lo distingue del resto de la creación, ya que además está llamado a la comunión con Dios mediante la gracia de Jesucristo.

El hombre trabaja porque es semejante a Dios. Entre todas las criaturas del mundo sólo el hombre trabaja conscientemente. Los animales son muy activos, pero ninguno trabaja en sentido de trabajo humano. En efecto, *trabajar* significa *someter o dominar la tierra*, tal como lo leemos en el libro del Génesis. Todo trabajo, independientemente de su característica, tiene esta finalidad. Se puede decir que en el plan divino el trabajo es un dominio con poder y autoridad recibida de Dios, *aunque* en su aspecto humano *tenga un carácter más servil*. El trabajo, todo trabajo, también cuando el hombre administra y dirige el trabajo de los otros, en una palabra, toda actividad del hombre tiene tal carácter: la actividad física como la vuestra en la industria, en el campo y en los servicios, la intelectual, la artística, la de investigación pura y aplicada, etc.

3. El libro del Génesis dice que el Creador ha dado toda la tierra, en cierto sentido todo el mundo visible, *al hombre* y lo ha *puesto bajo su dominio*. Como imagen y semejanza de Dios el hombre domestica la tierra, la hace suya humanizándola de modo responsable. Al mismo tiempo, ha dado este mundo al hombre como *tarea para su trabajo*. Las criaturas inferiores han sido sometidas al hombre, y al mismo tiempo *le han sido dados los recursos* contenidos en el mundo creado, comen-

zando por las riquezas visibles que se encuentran, por así decirlo, en la superficie, hasta las *escondidas* profundamente en la estructura de la materia que el genio humano descubre gradualmente.

El libro del *Génesis* nos habla del dominio sobre toda la tierra, es decir, de sus riquezas visibles y de las que esconde: "Y dijo Dios: Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y mande en los peces del mar y en las aves del cielo, y en las bestias y en toda la tierra" (1:26).

El hombre somete o domina la tierra mediante el trabajo, vocación que Dios le ha dado para colaborar en la obra de la creación. Por esto, para lograr la realización personal en el trabajo, el hombre se sirve de la técnica. Hoy somos testigos de las *transformaciones* causadas por las ciencias y las tecnologías aplicadas por la inteligencia del hombre. Pero, a la par que el instrumento técnico tiene un valor positivo, porque ayuda a ejercer el dominio inteligente y responsable del hombre sobre la tierra, también surgen serias dudas e interrogantes; porque la técnica puede llegar —y ha llegado a ser— alienante y manipuladora; hasta el punto de deber rechazar moralmente la presencia de una cierta *ideología de la técnica*, porque ha impuesto la *primacía de la materia sobre el espíritu*, de las cosas sobre la persona, de la técnica sobre la moral.

Esta tendencia deshumanizante y despersonalizante explica por qué la Iglesia no se cansa de pedir una *revisión radical* de las nociones de progreso y desarrollo: lo hizo el Papa Pablo VI en su Encíclica *Populorum progressio* hace ya casi veinte años; y lo he hecho yo en la Sede de Pedro y en mis peregrinaciones pastorales. ¿Hasta cuando tendrá que soportar injustamente el hombre, y los hombres del Tercer Mundo, la primacía de los procesos economicistas sobre los inviolables derechos humanos y, en particular, de los derechos de los trabajadores y de sus familias? Es aquí, en los valores y derechos humanos inviolables y sagrados de la persona, donde hay que pensar y definir de nuevo las nociones de desarrollo y de progreso.

4. El libro del *Génesis* dice que el Creador ha unido el trabajo humano con la *necesidad del descanso y de la fiestas*: "En el séptimo día Dios dio por concluida la labor que hiciera. Y bendijo Dios el día séptimo y lo santificó" (2: 2-3). En la intención de Dios se ve claramente que *el trabajo es para el hombre*, y no el hombre para el trabajo; que el trabajo es para la realización de su humanidad, de su vocación de persona e hijo de Dios.

Este principio de la dignidad de la persona del trabajador es el que tiene que determinar las estructuras posibles de los sistemas industriales

de producción y de todo proceso económico, político y social; si no se quiere continuar en el espantoso desequilibrio del mínimo porcentaje que goza de los bienes, frente a un alto porcentaje que carece de ellos; sobre todo en los Países del Tercer Mundo. Son *desproporcionadas* las grandes *diferencias de posición social y de privilegio salarial* entre unos y otros. El trabajo es un bien del hombre, pero un bien para todos, a pesar de la fatiga que conlleva, y no para unos pocos.

Esto se vuelve aún más claro cuando consideramos el hecho de que "Dios creó al hombre... macho y hembra los creó" (Gén. 1:27), *dando así comienzo a la familia*. "Sed fecundos y multiplicaos" (1:28). El trabajo está subordinado a los fines propios del hombre y de la humanidad, estando en primer plano la familia como comunidad inter-personal de un hombre y de una mujer, llamados a transmitir la vida a los hijos; a las personas nuevas, creadas también ellas a imagen y semejanza de Dios. Por esto la Iglesia no se cansa de afirmar: *el trabajo es para la familia*, y no la familia para el trabajo.

5. Deseo imprimir *esta imagen fundamental y eterna del trabajo humano* en la conciencia de todos los que en esta región de Venezuela forman o crean un ambiente nuevo, creciente y próspero del trabajo.

En las condiciones actuales de Ciudad Guayana, desarrollada fundamentalmente alrededor y en función del trabajo industrial, con gentes procedentes de todas las categorías sociales: obreros, técnicos y profesionales, permitidme recordar algunas ideas centrales de mi Encíclica *Laborem exercens* sobre el trabajo humano.

6. La idea clave de toda la Encíclica es la "problemática fundamental del trabajo" (n. 11), la cual conduce a la afirmación de que "en el comienzo mismo del trabajo humano se encuentra el misterio de la creación" (n. 12). En estas perspectivas, y teniendo en cuenta "las diversas experiencias de la historia", el problema del trabajo aparece como "una gran realidad... estrechamente ligada al hombre como al propio sujeto y a su obrar racional" (n. 11).

A pesar de la fatiga y del esfuerzo que requiere, "el trabajo no deja de ser un bien". "Este carácter del *trabajo humano*, totalmente *positivo y creativo, educativo y meritorio*, debe constituir el fundamento de las valoraciones y de las decisiones, que hoy se toman al respecto, incluso referidas a los *derechos subjetivos del hombre*" (ibid). Por lo tanto, es necesario colocar constantemente en primer plano "*el principio de la propiedad del trabajo frente al capital*" (n. 12).

A la luz de este principio hay que estudiar el "gran conflicto" que se ha manifestado, y continúa manifestándose después de dos siglos,

entre el "*mundo del capital*" y el "*mundo del trabajo*" (n. 11). Aceptando que el trabajo y el capital son componentes inseparables del proceso de producción, para superar el antagonismo entre uno y otro, se impone la necesidad de una permanente concertación de legítimos intereses y aspiraciones; concertaciones entre aquellos que disponen de los medios de producción y los trabajadores. Pero, los justos esfuerzos por asegurar los derechos de los trabajadores, . . . deben tener siempre en cuenta las limitaciones que impone la situación económica general del país. Las exigencias sindicales no pueden transformarse en una especie de 'egoísmo' de grupo o de clase, por más que puedan y deban tender también a corregir —con miras al bien común de toda la sociedad— incluso todo lo que es defectuoso en el sistema de propiedad de los medios de producción y en el modo de administrarlos o de disponer de ellos" (n. 20).

En la época del trabajo mecanizado, el que se hace en esta Ciudad Guayana, el hombre no puede perder su puesto de privilegio dado por el Creador: ser el sujeto del trabajo y no el esclavo de la máquina, de la técnica. Entendida ésta "*como un conjunto de instrumentos* de los que el hombre se vale en su trabajo", es "indudablemente una aliada del hombre", porque "le facilita el trabajo, lo perfecciona, lo acelera y lo multiplica". Pero la técnica puede transformarse de aliada en adversaria del hombre, como cuando la mecanización del trabajo 'suplanta' al hombre, quitándole toda satisfacción personal y el estímulo a la creatividad y responsabilidad; cuando quita el puesto de trabajo a muchos trabajadores antes ocupados; o cuando mediante la exaltación de la máquina reduce al hombre a ser su esclavo" (n. 5).

Por esto el "evangelio del trabajo" debe ser llevado a la labor concreta de cada día, viviendo el mensaje de Jesús dentro del trabajo y sabiendo que Cristo está cercano al trabajador en su vida concreta, que El, Cristo, pertenece al mundo del trabajo y que éste lleva también el signo de su Cruz: sufrimiento, fatiga, frustración y dolor. Ese es también el camino de la Iglesia: estar muy cerca del mundo del trabajo hoy.

7. Esta imagen del trabajo que la doctrina social de la Iglesia recibe en herencia en la Palabra del Dios vivo, contando con las experiencias siempre vivas del mundo del trabajo humano, tiene todavía otro *punto central de referencia*. En el Evangelio de hoy escuchamos las palabras sobre "el hijo del carpintero" (Mt. 13:55). *Jesucristo*, Hijo del Dios Vivo, de la misma substancia del Padre, se hizo hombre como Verbo Eterno. Y como hombre, durante muchos años de su vida oculta en Nazaret, *ha trabajado junto a San José*, que para los hombres era su "pa-

dre". Por esto fue llamado "el hijo del carpintero", pues *José* era artesano, carpintero. Jesús de Nazaret durante tantos años de su vida, que fue toda misión mesiánica, realizó el trabajo manual.

De este modo ha unido el trabajo humano *con la obra de la Redención del mundo*, a la vez que ha confirmado la dignidad del mismo, que tiene su comienzo en Dios. Por lo tanto los hombres del trabajo, y en particular los del trabajo manual, justamente miran a San José y al "hijo del carpintero", buscando en ellos la confirmación de los valores esenciales del trabajo y de esta dignidad que corresponde al hombre que trabaja.

8. Hablando a los hombres del trabajo industrial en esta región de Venezuela, deseo también *abrazar* con nuestra comunidad eucarística, y con esta homilía, *las vastas multitudes de hombres que trabajan* de cualquier modo, pero sobre todo a los que trabajan en los campos: *a los campesinos*.

Sí, a los campesinos, porque: "Vosotros sois fuerza dinamizadora en la construcción de una sociedad más participada" (Puebla, 1245); y sin embargo no tenéis, muchos de vosotros, "la facultad de participar en las opciones decisorias correspondientes a las prestaciones sociales", o no disponéis de las ventajas prácticas "del derecho a la libre asociación en vista a la justa promoción social, cultural y económica" (*Laborem exercens*, 21); no obstante, seguís ofreciendo "a la sociedad los bienes necesarios para su sustento diario" (*ibid.*).

Por ello quiero reafirmar la gran dignidad de vuestra misión y de vuestras personas, no inferior a la de cualquier otra categoría social. Vivid, pues, vuestra condición de campesinos con dignidad, con deseos de superación, con sentido solidario entre vosotros mismos, y no dejéis de elevar, desde vuestros campos, la mirada y el corazón hacia Dios. Elevadlo con una plegaria.

9. He aquí lo que proclama el *Salmo de la liturgia de este día*:

"Antes de que naciesen los montes, o fuera engendrado el orbe de la tierra, desde siempre y por siempre, tú eres Dios. Tú reduces al hombre a polvo, diciendo: "retornad, hijos de Adán". Mil años en tu presencia son un ayer, que pasó, una vela nocturna" (*Sal.* 89/90/2-4).

¡Hermosas palabras! ¡Profundas palabras! Encierran *la alabanza al Creador* que es eterno y omnipotente. Encierran *la verdad sobre el hombre* que pasa por esta tierra: están contados sus años y sus días.

Por esto la oración ferviente del Salmista:

"*Enseñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato*" (89/90,12).

Es la primera cosa. Y la segunda:

"Por la mañana *sácianos de tu misericordia*, y toda nuestra vida será alegría y júbilo" (v. 14).

Y finalmente lo que es más importante: "Que tus siervos *vean tu acción* y tus hijos *tu gloria*" (v. 16).

Junto con todos los hombres del trabajo, de esta Ciudad Guayana y de toda Venezuela, pido a Dios, como Pastor de la Iglesia, lo mismo *que hace siglos pedía el Salmista*: que el trabajo llegue a ser para vosotros, amados hermanos y hermanas, *una participación de la obra divina* de la Creación y Redención; que llegue a ser para vosotros y para vuestros hijos *la garantía de la gloria de Dios*.

¡Dios bendiga a vosotros y a vuestro trabajo!

¡Y que la Virgen Santa, Nuestra Señora del Valle, os acompañe siempre! Amén.

FUENTE: "Lo que Dijo el Papa a los Venezolanos", Temas Etico-Religiosos, Ediciones Trípode, Caracas, 1985.